

Comentarios sobre *Pago de letras* y *Otras disquisiciones*

Declaraciones de Martha Hildebrandt al periodista Enrique Higa Sakuda, editor de la revista «International Press en Español». Lima, 4 de septiembre del 2007. Martha Hildebrandt ha sido directora de la Academia Peruana de la Lengua.

IPC: Si tuviera que mencionar a un poeta peruano...

Marta Hildebrandt: Todo el mundo dice «Vallejo». Vallejo, sí, en algunas cosas; tiene cosas sublimes. Vallejo es un genio de la poesía, pero hay otros, ya de otro estilo y de épocas anteriores; por ejemplo, Abraham Valdelomar, que también es un estupendo prosista. Es un doble valor. De los modernos, Víctor Hurtado. Nadie lo conoce. ¿Conoce usted a Víctor Hurtado?

IPC: No, no lo conozco.

Martha Hildebrandt: Vive en Costa Rica. Tiene libros preciosos.

IPC: Hay un Víctor Hurtado que a veces escribe en el diario «Perú.21».

Martha Hildebrandt: Él es, y su libros son para releerlos. Tiene una agudeza para jugar con el idioma... Como soy lingüista, aprecio y admiro mucho eso. Además, tiene ideas firmes, nuevas, atrevidas, y maneja la forma magníficamente. Es prácticamente desconocido. Cuando lo leí, me quedé realmente deslumbrada.

* * *

Comentario de Luis Jaime Cisneros Vizquerra a la primera edición de *Pago de letras*. Este comentario apareció en el número 30 (año 1998, página 176) del «Boletín de la Academia Peruana de la Lengua», Academia que Cisneros dirigió.

He aquí una prosa realmente extraña por lo firmemente acentuada, lo bien erguida, que no debe pasar inadvertida, sobre todo tratándose (como se trata) de prosa periodística. Hay tan poco apego del escritor al periódico, que hemos perdido la antigua costumbre (que fue lujo del modernismo) de que los escritores frecuentaran las salas de redacción.

El periodismo ha llegado a adquirir por sí solo prestancia singular, y el estilo periodístico tiene derecho a figurar entre los buenos modelos literarios. Este es el caso de Víctor Hurtado Oviedo, que ha podido asomar con su sola voz en el mundo de los libros para ganar sitio limpio por su buen manejo de léxico y sintaxis. El periodismo es una singular escuela de estilo; ayuda a depurar gramática, a apurar rápidamente los malos ejemplos y a escanciar copas de variado licor, y así va consiguiendo depurar el gusto si nos empeñamos en exigirle al lenguaje para que rinda lo debido.

Hay quienes cultivan la ilusión de que la prosa del periodismo puede ser descuidada porque no advierten cuáles son los caminos que conducen a los cauces artísticos: los que frecuentaron Larra o

Azorín. Los textos que nos ofrece Víctor Hurtado en esta antología bastan para mostrarlo en plena inquietud intelectual y política; en su mundo concreto, con sus opciones frescas, el radar en son de escuchar y el humor en ristre. Un estilo periodístico, que debe hallarse en pleno trajín y no escondido (para no decir relegado). Los que ha publicado ahora Hurtado no son precisamente «escritos para el olvido», sino para recordar.

* * *

Prólogo de la primera edición de *Pago de letras*. El Caballo Rojo, Ediciones. Lima, 1998.

Las memorias del amor y del humor

Solo un ser bondadoso (con el prójimo) y canalla (con él mismo) puede haberme pedido estas palabras de introducción. No sé en realidad por qué curioso afán, Víctor Hurtado permite que mi prosa termine naufragando como una mosca en leche, entre las impecables y enjundiosas crónicas que componen su libro, *Pago de letras*.

Debo entender que estas metidas de pata (la suya y la mía) tan solo son fruto de la amistad. Al fin y al cabo, Tito y yo somos amigos desde hace más de dos décadas. Y, a estas alturas del partido, cuando ya se han venido abajo todos (casi todos) los muros de Berlín, y buena parte de nuestra segunda juventud, pocas cosas nos restan que no sea una hermosa amistad.

Pago de letras, que lleva precisamente como subtítulo *Escritos desde el olvido*, es el rescate amoroso de la vida vivida por un lector de polendas, de un melómano y, aunque Hurtado pretenda negarlo en un arrebatado de falsa modestia, de un magnífico escritor. Ahí están sus homenajes, en la teoría y en la práctica, a sus autores favoritos, siendo Jorge Luis Borges el mayor santo de su devoción. Como también, y antes que nada, esas crónicas, acres y divertidas, sobre el planeta que habitamos y los animalitos del Señor.

Hay una memoria que se conmueve y otra que fustiga. Sin embargo, Tito Hurtado no es un nostálgico profesional. Él siempre tomó sus distancias con el silabario de las certezas absolutas y, hasta donde yo recuerdo, nunca fue un crédulo cabal. No hay en el libro el menor asomo de lamento por algún bien perdido (que jamás hizo suyo). En todo caso, el humor, que brota a borbotones, es lo que redime de la mala conciencia o el cinismo. Un botón de muestra: «Yo también me he aburguesado, pero, como soy pobre, no se nota».

Otro botón: «Como antes, creo en el socialismo, de modo que soy conservador. La diferencia está en que, cuando yo era joven, pensaba que, para imponer la justicia en el mundo, había que luchar con los pobres y contra los ricos; ahora creo que, para imponer la justicia, hay que luchar contra los ricos y contra los pobres». Y, aunque a mi buen ver y entender, Hurtado guarda sus fidelidades, ninguna pasión por las verdades abstractas lo pone de vuelta y media, como pueden hacerlo el amor de los suyos, sus lecturas, los sonidos azules del jazz o los grandes boleros. Hurtado mismo dice, burlonamente, que ahora sólo se contenta con ser feliz.

Es capaz de reírse de sus penas, pero también, y ahí está el detalle, se ríe cuando quiere, y, cuando no, de sus propias alegrías, que, con el tiempo y las aguas, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de los mortales, sospecho que se han multiplicado.

* * *

Texto escrito por Marco Martos Carrera para la contratapa de la segunda edición de *Pago de letras* (Lima, 2004). Marco Martos es poeta, escritor y catedrático de literatura, y es el presidente de la Academia Peruana de la Lengua.

Durante muchos años, Víctor Hurtado Oviedo ha sido una *rara avis* en los diarios limeños, un periodista dueño de una prosa impecable, con adjetivos justos, vocablos escogidos —si bien no rebuscados—, dicción amena, forma de argumentar insólita y convincente, y, por tanto, con una legión de lectores.

Ahora, por segunda vez en estos últimos años, Víctor Hurtado nos entrega *Pago de letras*, conjunto de artículos y ensayos en «edición reducida aumentada»; y, naturalmente, aparte de una nueva promoción de lectores que su refinada prosa conseguirá, vuelve a llamar la atención de quienes ya conocíamos de su péndola, y nos lleva por los caminos de la literatura, de la música popular, de la política y la lingüística, baturrillo que mantiene en vilo al lector que viaja del puro disfrute al conocimiento, del arqueo de cejas a la risa desenfadada, del asentimiento inicial al aplauso franco y abierto.

Tenemos manía por las filiaciones, y aquí también le buscaremos parentela literaria a Víctor Hurtado. La lista es relativamente pequeña, pero intensa: tiene la sensatez de Miguel de Cervantes, el amor por la precisión del lenguaje de Jorge Luis Borges, la «memoria enamorada» de Julio Ramón Ribeyro, la inocencia y el sarcasmo de Abraham Valdelomar, la suave sonrisa epicúrea y la capacidad de síntesis de Augusto Monterroso, la intensidad verbal de Julio Cortázar, la pasión por las comidas y las palabras exactas de Adán Felipe Mejía («El Corregidor»), el amor por la norma culta de Martha Hildebrandt, el regusto por la música de *Cheo* Feliciano, la visión del mundo entre resignada y sombría de Juan Carlos Onetti, y la secreta sabiduría de Rafael Cansinos Asséns. Víctor Hurtado Oviedo es un estupendo escritor, y cada vez más lectores lo corroboran.

* * *

Artículo del escritor y crítico peruano José Miguel Coaguila Arias publicado en su *blog* personal el 2 de mayo del 2013.

Víctor Hurtado Oviedo

Las cosas siempre se miran mejor si nos asiste la distancia prudencial de los años; es decir, si miramos hacia atrás desde un podio en cuya base diga, por ejemplo, «50 años después». De aquí a unas décadas, seguramente nos sorprenderá, se me ocurre, saber que existió un tiempo en que viajábamos en combi, que hubo gente que se moría por falta de dinero y que tomábamos gaseosa.

Los que todavía lean libros impresos se asombrarán de que en estos tiempos haya habido tantos; pero de lo más, del disimulado y casi desapercibido paso por esta vida de uno de los escritores más exquisitos de las letras peruanas: Víctor Hurtado Oviedo.

Este hombre, de más de 60 años de edad, ha dedicado muchos años de su vida al periodismo, y gracias a ello podemos hoy disfrutar de sus escritos, que en realidad son pocos, pero suficientes para mostrarnos el gran talento que posee.

Hurtado solo ha publicado un libro (primero se llamó *Pago de letras*, luego creció más y pasó a denominarse *Otras disquisiciones*), que ni siquiera fue pensado como tal pues contiene artículos y ensayos que escribió para medios escritos cada vez que tuvo que hacerlo, y digo «tuvo» porque a él no le gusta escribir. «Yo no escribo —me ha dicho—, a mí no me gusta escribir, detesto hacerlo; yo daría cualquier cosa para no escribir, pero, paradójicamente, durante muchos años yo he vivido de ello».

Hurtado Oviedo es un limeño que desde hace más de 20 años radica en Costa Rica; allí es uno de los editores del diario *La Nación*. De él se han dichos cosas como «Víctor Hurtado Oviedo es el Ronaldinho Gaucho puesto en la Literatura», «Quien no admira a Víctor Hurtado es porque no lo conoce», «Joven lector: si tu ídolo actual en prosa no conoce a Víctor Hurtado Oviedo, entonces cambia de ídolo. Estás perdiendo el tiempo». Y todo esto se ajusta tanto a la realidad, que ya parece un corsé. Yo agregaría: Leer a Hurtado es como viajar en un carro nuevo recién comprado: ¡te sientes tan cómodo!

«De tener yo una poética —ha escrito don Víctor—, cabría en dos frases: “Ninguna línea sin figura, ninguna línea sin idea”. El ensueño de mis sueños es una prosa de aluminio: ligera y brillante». Esto es lo más exacto que yo he leído acerca de la prosa de Hurtado; lástima que haya sido él mismo quien lo haya dicho, y todavía en condicional y en forma desiderativa. En efecto, sus escritos son calidad concentrada, nada sobra, nada está de más; no hay frases huecas, vacías; es como si ya antes él las hubiese eliminado. Sus figuras retóricas y su humor son insuperables.

El domingo, cuando conversábamos, le dije: «A mí me parece que sus artículos tienen más de literatura que de cualquier otra cosa; ¿por qué nunca ha escrito poesía, cuentos, novelas?; ¡se le haría tan fácil!». Hurtado, como un niño a quien le compran el juguete que él no ha pedido, dijo: «No es lo mío». «Pero lo intentó», le replico. «Sí, intenté escribir una novela, pero el computador me la borró dos veces; entonces me dije: “¡Esta máquina debe de tener un programa de crítica literaria!...”, y abandoné el proyecto».

Hay que leer a Hurtado. Su prosa hace con nuestra mente lo que los caramelos de menta con nuestra boca; su humor es tan fino, que todo lo que toca, lo corta como mantequilla; y hace tan buena magia con las palabras, que, después de leerlo, los demás escritores desaparecen. Hay que leer a Hurtado, repito, y darle, dentro de las letras peruanas, el lugar privilegiado que se merece. Que ya no sea una sorpresa descubrirlo, sobre todo mañana.

* * *

Mensajes de Gregorio Martínez Navarro, novelista, cuentista, ensayista y catedrático de literatura peruano.

1. A Víctor Hurtado.

Domingo 13 de agosto del 2006.

Querido Tito: Hace un milenio que estoy por escribirte. Finalmente, Mito Tumi me pasó tu postillón. Sé que estuviste en Lima para un evento sobre léxico y chamullo. Lástima que mi amigo borgista Carlos Meneses no pudo hablar contigo. Este cuate es el que descubrió la estancia del joven Borges en Palma de Mallorca. Yo le había recomendado *Pago de letras*. Ah, ese libro cayó bien y está haciendo todo un recorrido, pese a que su publicación al comienzo si circunscribió al Perú.

Yo le hice un comentario al lingüista y analista de textos Blas Puente, que trabaja en Kentucky University. Después de que lo consiguió mediante el sistema de préstamos bibliotecarios, me

llamó impresionadísimo. «No sabía que en el Perú había escritores de tal laya», me dijo. Claro, Tito, todo esto te parecerá tardío. El caso es que yo también leí muy tarde tu libro. Nunca nadie me habló de *Pago de letras* cuando apareció. Lo descubrí de puro curioso en Library of Congress, Washington. Un abrazo.

Goyo Martínez

2. Mensaje al poeta peruano Manuel Tumi Guzmán.

Domingo 4 de septiembre del 2005.

Hola, Mito. Es una sorpresa para mí que Tito Hurtado colabore con «Perú 21». Soy hincha de su prosa y aquí siempre remarco a los profes que Tito es la mejor prosa de los escritores peruanos de hoy, incluido Vargas Llosa. Algunos, por menosos, se sorprenden. Otros, medio sonsos, me preguntan: «¿Quién es Tito?».

Hace poco, Blas Puente, que trabaja en Kentucky University, consiguió *Pago de letras* y de inmediato me escribió emocionado, dándome la razón de que es una de las mejores plumas. Es que los profes tienen una idea muy estrecha de la literatura. Solo cuentan novelistas y poetas. Un saludo.

Goyo Martínez

* * *

Extractos del artículo escrito por Winston Orrillo y publicado en «Comunicación», revista del Departamento Académico de Comunicación Social de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima., en el año 2014. Winston Orrillo es escritor, poeta y catedrático de Literatura y Periodismo. Recibió el Premio Nacional de Cultura del Perú.

**Víctor Hurtado Oviedo,
oríface de la prosa en el Perú**

«Uno de los obreros de la ciudad del espíritu». Pedro Salinas.

Este epígrafe lo hemos tomado de «Pedro Salinas, renacentista», una de las preseas que se encuentra en *Otras disquisiciones*, libro que Lápix, Editores, le publicó a Víctor Hurtado Oviedo en el 2012. Este es uno de sus textos más breves y paradigmáticos de un volumen que abunda en ejemplos que, a juicio del suscrito, convierten a su autor en el más importante prosista del Perú actual.

Confieso que el presente artículo lo vengo escribiendo hace meses y que ahora decidí, por fin, sentarme ante la computadora y empezar su redacción, luego de ejercitar lo que él mismo dice que sucede con Sarmiento y Eugenio d'Ors: «Sarmiento hubiese fracasado como redactor de anónimos: como Eugenio d'Ors, firmaba con el estilo. Merece el que quizá sea el mayor elogio dedicado a un

prosista: es totalmente subrayable, de modo que la tinta que él gastó en escribir se la devolvemos al celebrarlo trazando líneas bajo sus líneas».

Exactamente es lo que hacemos con «Tito» —así lo llamamos todos sus lectores y buenos amigos—: su lectura deviene, en verdad, fatigosa pues no sabemos qué hacer para subrayar mejor, para seleccionar la frase irónica, la crítica irónica, demoledora, la inteligente inmersión en un autor, en una época, en una corriente literaria y/o estética, y/o filosófica, como la tan trajinada posmodernidad, a la que él llama, sencilla y aplastantemente, «popmodernidad».

Lo repito: este es un libro que asombra, y es de esos que uno no quiere acabar de leer, y cuyo placer eximio está en la relectura, la que nos permite aprehender los meandros de su estilo y de su inteligencia lingüística que, simple y sencillamente, desmitifica toda la parafernalia que nos rodea, como cuando escribe, como subtítulo de su enjundioso artículo «Los suntuosos»: «Signo de los tiempos: hay más estilistas en las peluquerías que en la literatura».

Nos detenemos en aquel texto porque, aquí lo afirmamos, se hallan algunas de esas autorreferencias que inevitablemente se dan cuando tocamos temas que son de nuestra entrañable preferencia. Lo repetimos, y necesariamente debemos recurrir a la cita: «Cuando algunos escritores mueren, sus almas suben al cielo de Lima: frío, borroso y gris, y sus cuerpos son enterrados en un lugar común: aburren. Sus libros son un sueño: los más logrados —redondos de bostezos— despiertan las ganas de dormir».

A continuación viene lo que, afirmamos, es cabalmente una autorreferencia: «Los estilistas revelan una sensible vocación de suicidio pues morirían antes de hacer una frase hecha (los aburridos trabajan en la construcción civil de frases). Los suntuosos del lenguaje prueban que la originalidad siempre es posible y que ni siquiera hacen falta palabras raras para convocar la sorpresa».

Siguen las autorreferencias porque nosotros sostenemos que, en realidad, Tito está hablando de él mismo, a quien consideramos, con toda justicia, un «suntuoso» del idioma.

Tito Hurtado es un maestro excepcional; pero, ojo, nada de esto es improvisación. Lo suyo es el resultado de arduas —y orgiásticas— lecturas (las verdaderas lecturas son así) en las que sazona platos —y autores— enjundiosos, como Alfonso Reyes, Quevedo, Gracián, Cervantes, Góngora, Martí, Borges, Cortázar, Uslar Pietri, Paco Umbral, Eugenio d'Ors, Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Domingo Faustino Sarmiento, González Prada, Vallejo, Valdelomar, Julio Ramón Ribeyro, Mario Bunge, aparte de clásicos griegos, latinos y del orbe entero, como Heráclito, Séneca, Marco Aurelio, Dante, Montaigne, Shakespeare, Chateaubriand, Nietzsche, Schopenhauer, Francis Bacon, Joseph Conrad, Bertrand Russell, Dashiell Hammett, Henry Miller, Robert Graves, José Saramago *et al*, amén de numerosas referencias a libros de ciencia, filosofía, teología...

Tito prosigue en lo que es lo suyo: «lo suntuoso»: «Así, los suntuosos nos enseñan a leer otra vez. La buena literatura es un *Kinder* perpetuo. De José Martí, los versos bajan entre las orillas de la idea y el verbo. No solo suenan bien: también dicen algo». Como sabe que lo que está diciendo es polémico, de inmediato recurre a la inteligente, y verdaderamente genial, autodefensa: «Ojalá se diga que el estilismo es artificial; bien por el estilismo, entonces, porque no hay nada más artificial que el arte. La Naturaleza es otra cosa. Si la Naturaleza hubiera querido ser surrealista, habría pintado los cuadros de Magritte en vez de practicar con el ornitorrinco».

Al final, cuando tenemos que redactar un artículo como este, no sabemos qué genialidad escoger, qué frase, qué ironía, qué desmitificación. *Verbi gratia*: Leamos en «La dignidad del buen decir»: «Tras consumir un viaje por los Estados Unidos, Oscar Wilde sostuvo que el único *gentleman* que había conocido allá, era un indígena por su sobria dignidad. El hábito no hace al monje ni el Athenaeum Club al caballero... Él usaba la ironía, su forma preferida de decir la verdad» (igual que VHO).

A propósito de la ironía, el maestro Tito nos ofrece esta presea: «La promesa es una mentira piadosa que colgó los hábitos para dedicarse a la política. Tal vez, más que una cuestión teológica, todo resulte un cálculo financiero pues la fe vive al crédito, y la decepción, al contado».

Maestro, pues, de la ironía desmitificadora, Tito Hurtado nos abruma y, en realidad, ya no sabemos, entre todo lo subrayado qué citarle al curioso lector (en el fondo, este artículo lo único que quiere es motivar la lectura, urgente, de este joven maestro de la prosa en español).

Acá viene la conclusión de las autorreferencias: «Los diálogos luminosos están bien, pero siempre serán admirablemente falsos: hacia la conmoción son Shakespeare, hacia el ingenio son Wilde. En fin, los últimos refugios del estilista quizá sean el relato breve, el diario íntimo y la columna de opinión». Columna de opinión es lo que, mayormente, hay en este libro, cuyas 391 páginas son una antología de lo mejor que se ha escrito (en prosa) en el Perú de los días que corren y, me atrevo a decirlo, en la bienamada Nuestra América martiana y mariateguista.

No podemos dejar de señalar los artículos —críticos, sabrosamente críticos— de Tito Hurtado sobre la música popular, y su afición entrañable por el bolero y, en general, por aquellos ritmos que los falsamente exquisitos llamarían «comunes», con lo que nos lleva, además, a la demoledora desmitificación de los esperpentos mediático-populares que la sociedad de consumo nos endilga: léanse Julio Iglesias, Luis Miguel, Gloria Estefan: «La mujer más deseada para callarse. Sus canciones tuvieron arreglistas, pero ella nunca tuvo arreglo».

Hace muchísimo que no me daba tanto pesar alejarme temporalmente de un libro. Y dale con las ganas de seguir citando a Tito. Pero ya acabemos, por el momento, con una muestra de poesía, filosofía y, en general, prosa magníficamente escrita. En «Mis hermanos», hallamos: «Leer un libro es desprender palabras del silencio. Uno hace sus lecturas y es hecho por ellas: si uno fechase los libros que compra, con ellos podría recordar la historia de su vida pues toda biblioteca es una autobiografía».

Finalmente, es bueno decir que el presente no es solo un libro para decodificar sus palabras, sino para paladearlo, para refocilarnos en su relectura. Que, cuanto más uno lo frecuenta —como sucede con el *Quijote* o las obras de Vallejo o de Pessoa—, más uno aprende y aprehende.

* * *

Declaraciones de Manuel d'Ornellas, director del diario peruano «Expreso». Entrevista con el economista y periodista Augusto Álvarez Rodrich. Revista «Debate». Lima, septiembre de 1988.

Augusto Álvarez Rodrich: ¿A qué periodista peruano admira?

Manuel d'Ornellas: A muchos. Admiro a Enrique Zileri en revistas. Es un hombre de gran instinto periodístico, de gran creatividad.

Augusto Álvarez Rodrich: ¿A qué otro periodista?

Manuel d'Ornellas: A Enrique Chirinos Soto por la forma excelente como desarrolla sus temas. En la izquierda, a Víctor Hurtado, que es excelente y, además un gran escritor.

* * *

Extractos de la semblanza escrita por el periodista Paco Moreno y que aparece en su libro *Gente como uno* (Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Lima, 2011).

Grande entre los grandes

Víctor Hurtado Oviedo es, quizá, uno de los estilistas más finos del periodismo y la literatura de estos tiempos en lengua castellana. Pasa con él algo muy curioso. El prestigio lo ha alcanzado antes que el éxito, y sus libros, donde conviven belleza y verdad, transitan de mano en mano entre algunos jóvenes y no tan jóvenes. Al leerlos, se enamoran para siempre de su prosa y comienzan a parafrasearlo: revistas de etiqueta y columnas de papel no han escapado de ello. Sus coetáneos y sus mayores lo respetan tanto que, a veces, se sonrojan cuando están a punto de mostrarle algún escrito suyo para que Hurtado dé su aprobación. Joven lector: si tu ídolo actual en prosa no conoce a Víctor Hurtado Oviedo, entonces cambia de ídolo.

—¿Por qué se fue del Perú?

—Porque terminé de pelearme con mis enemigos y empecé a pelearme con mis amigos.

Escribe poco, solo cuando se lo piden. Cierta tarde del 2005, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Julio Villanueva Chang, el hacedor de la revista para distraídos *Etiqueta Negra*, me dijo: «Escuché decir que Víctor Hurtado no deja de leer nunca y lo hace hasta en los lugares más insospechados». Hurtado siempre regala un consejo de oro: «No escribas todo lo que se te ocurra, no publiques todo lo que escribas». Hay hombres y mujeres enamorados de la palabra, pero ninguno como él, amante perpetuo.

Es una tarde de viernes del 2007. Estamos en la Plaza Central de Miraflores y, de pronto, le atrae el nombre de una librería e indica: «Se puede decir ibero o íbero. Viene del latín ‘iberus’ y este, del griego...». Uno queda asombrado por su sapiencia y su memoria, y él sigue hablando de la historia de aquella palabra que mi falta de memoria no me permite seguir citando. Es un hombre de letras conocedor de la lingüística y sus cosas, y se ha ganado el respeto de académicos como Luis Jaime Cisneros, Martha Hildebrandt y Marco Martos. Es miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua. Quien no admira a Víctor Hurtado es porque no lo conoce. Un jovencito admirador suyo ha escrito en su Facebook: «Víctor Hurtado Oviedo es el Ronaldinho Gaucho puesto en literatura». A veces, los picones replican: «¡Nooo!»; pero se quedan callados cuando leen algún texto suyo.

«Los corales se aburren como ostras. En sus condominios de océanos, los corales están muy quietos cual esperando una foto, pero la foto nunca llega. Los han lustrado las espumas, los han atropellado los siglos, les han cantado las sirenas de todos los barcos, y ellos siguen donde están. Con gente así no se prospera. Los corales no se meten en política por no organizar un movimiento. Duermen cual si leyese *Fausto* siguiendo un *dictum* perverso de Jorge Luis Borges, para quien el *Fausto* de Goethe es “una de las más famosas formas del tedio”».

Víctor Hurtado no solo escribe sobre los corales: le entra a todo lo bueno, desde la teoría del conceptismo hasta el mambo de Dámaso Pérez Prado, «suma y resumen de siglos de selvas sensuales; gritos de trazo ilegible; arabescos de saxos poetas que se deshojan en juegos florales; sinfonía fantástica de África, España y Francia...». Un ensayo en el que propone expropiar la gran cultura para los que menos tienen, comienza así: «Yo también me he aburguesado, pero, como soy pobre, no se nota».

Los libros son como los hijos: deben defenderse solos, y los libros de Hurtado no solo se defienden solos: ganan por *knockout* a los atrevidos que se ponen en frente. «Si yo pudiese pedir un milagro, no rogaría escribir como Eugenio d’Ors porque entonces no sería un milagro, sino un abuso de confianza». «Antes de oír a Julio Iglesias, yo creía que la sordera era una desgracia». No vale. Escribiendo así, cualquiera.

* * *

Artículo del crítico literario Freddy Molina Casusol aparecido en el *blog* «Bitácora de Navegación» el 13 de mayo del 2013.

Algunas recomendaciones para el lector que quiera leer *Otras disquisiciones*

Víctor Hurtado es el mayor prosista peruano, si no el único vigente. Su estilo fino, punzante e irónico, corta figuras con las palabras. (En reciente conversatorio, se definió como un cultor del conceptismo, que es algo así como el uso de la mínima expresión con la mayor potencia figurativa en una frase).

Si tuviera que recomendar *Otras disquisiciones* a un lector, le diría que inicie su lectura en la sección «El profesor Solecismo es respondón». Es divertidísima, te hace reír a carcajadas. Hurtado ha creado dos personajes de ficción: el profesor Solecismo —una especie de *alter ego* del escritor— y Wármix Méndez Gómez, un tipo que se las ingenia para traer abajo toda la gramática en castellano en las cartas que le envía al primero, quien no desperdicia la oportunidad para hincarle el diente en sus barbaridades ortográficas. Ambos son una especie de Quijote y Sancho Panza de nuestra ciudad iletrada.

Siguiendo con las recomendaciones, si tuviera que decirle al lector que continúe la lectura de *Otras disquisiciones*, le diría que se prepare porque el escritor no admite ninguna ofensa a Javier Solís, el rey del bolero ranchero, y menos aún una defensa —por lo demás, inútil— de Luis Miguel y sus «gallos», en la sección «¡Música, maestro!». Cualquier infracción de esta ley interna es penada con un cocacho del escritor, seguida de la expulsión *ipso facto* de su parnaso literario.

No obstante, el lector todavía tiene una tabla de salvación: saltarse esta parte del libro si es demasiado sensible, no sin antes dejar de leer ese maravilloso peregrinaje a la tumba de Javier Solís (¡de quién más!) en «Entre reyes», que recuerda el realizado por Vargas Llosa a la tumba de su maestro Faulkner muchos años ha.

Ahora, si el lector quiere bañarse en erudición, bienvenido sea: puede disfrutar las páginas de la sección «Todos los mundos». Allí podrá encontrar a Pascal de la mano con los griegos, así como unas cuantas recriminaciones a Platón y a Aristóteles por adelantar el fascismo en sus obras.

Para el lector que ama las reseñas y los comentarios de libros —una manera elegante de ahorrarse el trabajo de ir a la librería y comprarlos—, *Otras disquisiciones* tiene «Estante quieto». En esta sección, el escritor lo espera con los brazos abiertos. Aquí podrá ver relucir joyas como esta: «Así, leyendo por el gusto a los clásicos sin tiempo, aprendemos la gran lección de no estar al día (hoy es la forma más callada y solitaria de la rebelión) y comprendemos la moraleja de que el libro no es moda y de que la literatura no es éxito», declaración de principios que suscribimos incondicionalmente, sin temor a que los Bayly y otros posmodernos *post scriptum* nos excomulguen.

Pero, a estas alturas, para qué continuar con estas recomendaciones; que sea el propio lector el que descubra al escritor. En todo caso, si, tras leer estos artículos y ensayos, tiene el lector alguna duda sobre los temas tratados (poesía, lenguaje, música, literatura o filosofía), puede escribirle a Hurtado. En el libro está su correo. El profesor Solecismo, a nombre de él, gustoso le contestará: eso sí, no lo olvide, él es respondón.

* * *

Comentario del escritor y crítico Alonso Rabí Do Carmo, texto aparecido en «Libros & Artes», revista de la Biblioteca Nacional del Perú, n.º 9. Enero del año 2005.

Pago de letras

Quien haya visto la primera edición de este libro de Víctor Hurtado (*El Caballo Rojo* y *Atenea*, 1998) notará algunas diferencias, además de que en la presente hay textos nuevos y otros que solo resistieron la primera vez. Una, y muy significativa, tiene que ver con el subtítulo o, en todo caso, con una frase añadida al título: «Escritos desde el olvido», rezaba la primera; «Segunda edición, reducida y aumentada», dice la siguiente. Me interesa señalar este aspecto porque creo que encierra claves de lectura que no deberíamos desdeñar.

En primer lugar porque «Escritos desde el olvido» nos habla a las claras del lugar de la enunciación, situado en una marginalidad íntima y desgarrada; en segundo término porque la expresión antitética «Segunda edición, reducida y aumentada» nos pone en contacto directo con dos de los rasgos más saltantes en este conjunto de textos: el humor y la ironía.

En el Perú hay una larga tradición de prosistas de muy buenos quilates, buena parte de ellos escritores que han cimentado el periodismo literario peruano. Aunque lo parezca, no hay contradicción en estos términos pues el periodismo no es literario por aproximarse a la ficción, como podría pensarse con cierta facilidad asociativa, sino porque el contenido informativo no se transmite con la frialdad propia de la noticia, sino más bien con recursos que realzan la emotividad, el placer formal y una subjetividad que no se arredra ante sus propios vericuetos.

Desde Abelardo Gamarra «*El Tunante*» hasta jóvenes como Julio Villanueva —pasando por «*Cabotín*», Federico More y tantos nombres más—, el artículo, la crónica y el ensayo periodístico tienen en nuestro medio tanto una continuidad histórica como un afán por la belleza que nos permiten separar la paja del trigo en todo aquello que los diarios publican. Y es en ese escenario que los textos de Hurtado se mueven como peces en el agua. *Pago de letras* nos muestra las preocupaciones centrales de Hurtado: la política, la literatura y la música. La mirada crítica, la ironía como una trampa sutil, el ánimo sentencioso, el gusto personal, la pericia en la lectura son, entre otros, los ingredientes que el escritor mezcla con sabiduría y buen temple.

El libro se abre con un prólogo que, desde el título («Se hace lo que se puede»), es una invocación a la indulgencia del lector, pero también un acto de autorreferencia por parte del escritor, que dibuja así su relación con la escritura, una relación mediada —al menos sobre el papel—, con el extrañamiento, la indiferencia y un sentimiento de inutilidad frente a la creación: «Solo pediría a Zeus tener ganas de escribir: nunca las he sentido [...]. Tal vez con un poco de esfuerzo, yo escribiría más, pero no lo hago porque no tengo tiempo, porque no sé qué decir o porque me gusta más hacer otras cosas» (p. 13).

Curioso diálogo el que establece Hurtado con el prólogo que escribió para la primera edición —que la segunda recoge—, aquel en el que decía: «He escrito demasiado; he publicado barbaridades; he dicho tonterías; he sido periodista» (p. 15). Esta misma estrategia irónica se hace presente cuando el autor, en algunos de sus textos, se refiere a su formación como escritor, tal como sucede en las primeras líneas de «*Abominación de indispensables*»: «Yo nunca estudié periodismo. Soy historiador frustrado, lo cual es peor y exige más esfuerzo. La verdad es que, cuando yo era joven, el estudiar periodismo aún no había ganado el prestigio que el periodismo ya había perdido» (p. 25).

Sus textos políticos —sobre políticos, en este caso— nos recuerdan las travesuras de Valdelomar. Burla burlando, pasa revista a la coyuntura mientras desmenuza a sus personajes, se ubica en los cuadrantes de la historia, pero su pluma no claudica ante la posibilidad del humor o la paradoja:

«La política profesional es el arte maravilloso de parecer indispensable: algo así como el matrimonio con la eternidad y poniendo a los electores de testigos. Es una alucinación colectiva —y por sutil— uno de los más perfectos enemigos de cualquier democracia. Si por los políticos profesionales fuera, quedaría prohibida la no reelección» (p. 29).

Lo mismo puede notarse en su melancólica despedida a Alfonso Barrantes, el carismático «Frejolito»: «Adiós, apacible Frejolito: no adversario, sino compañero tan desconcertado como todos. Provinciano, solterón, desconfiado, sabroso narrador de chistes verdes, solitario siempre, viejo amigo en su momento (en el mejor momento para serlo), descansa en la paz que todos vamos ya necesitando» (p. 33).

En las secciones restantes del libro, en cambio, imperan dos cosas: la literatura y la música, y allí el tono será más íntimo, y más intenso también. Comparados estos textos a los de la primera sección, no nos queda la menor duda de que, para Hurtado, placeres solitarios como leer o escuchar encierran misterios más seductores que los que podrían hallarse en la actividad del cronista político, que es sobre todo un testigo. Al leer o escuchar, en cambio, uno es actor, uno representa, sucumbiendo al poder de la imaginación, en el escenario de su propia sensorialidad. Huelga decir que muchos de estos escritos delatan en Hurtado al lector acucioso, a un sibarita, si cabe el término, de la palabra y el sonido. Lo mismo discurre sobre Vallejo, Pedro Salinas o Borges que sobre el bolero o el mítico mambista Pérez Prado.

Aunque reducida y aumentada —es solo un decir—, esta nueva versión de *Pago de letras* nos permite encontrarnos con un prosista fino, que ha hecho de la impecabilidad una norma de estilo y ha ofrecido dignidad literaria a su quehacer periodístico. Hay que agradecer, entre otras cosas, que esta sentencia, producto de su impudicia, sea cierta: «De tener yo una “poética”, cabría en dos frases: “Ninguna línea sin figura, ninguna línea sin idea”». Eso es exactamente lo que sucede en cada página de este libro.

* * *

Recesión publicada en el «Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua». Año 2020, página 117.

***Otras disquisiciones,* de Víctor Hurtado Oviedo**

Su autor presenta la edición digital de una obra desconcertante y retadora que había titulado *Otras disquisiciones* desde su primera edición. Como explica, el texto se fue creando a partir de publicaciones anteriores: *Pago de letras* (Lima, 1998 y 2002) y *Otras disquisiciones* (San José, Costa Rica, 2009, y Lima, 2012). Sus siete capítulos ofrecen gran variedad de temas, desde la filosofía y la ciencia hasta el lenguaje, la literatura y la música popular.

Frente a esa diversidad permanece constante la mirada del escritor, que guarda distancias, cuestiona, recuerda y, sobre todo, ironiza sobre el mundo mientras lo va mostrando o creando. Para lograr esa mirada, el autor explora todas las posibilidades de la lengua, en un trabajo casi de orfebrería sobre las palabras, que le permite extraer de ellas los significados y la riqueza con que los ha cargado la historia.

El lenguaje deja de ser el simple vehículo de la ideas del ensayista, y el texto logra el cometido de ofrecer una nueva mirada, a veces inquietante, sobre el objeto cultural analizado. A lo anterior se unen un estilo impecable, una fina erudición y una dosis adecuada de humor, todo lo cual recomienda la lectura de esta obra.

* * *

Artículo escrito por Eloy Jáuregui, poeta y periodista peruano, y aparecido en su *blog* «Cangrejo Negro» el 31 de julio del 2013. El texto se incluyó en el libro *El más vil de los ofidios. Crónicas* (Lancom, Ediciones. Lima, 2013), del mismo autor.

Tito Hurtado, el textualista

1.

Víctor Hurtado Oviedo no parece ni periodista ni poeta. A lo lejos da la impresión de ser un catador de olores —que los hay, y es profesión bien remunerada—, y muchos, al ver uno de sus escasos retratos, dirá que es un misterioso mecatrónico —un ingeniero 4×4—. No, «Tito», como lo conocen aquellos pocos que dan fe de que lo conocen, es escritor de fondo, un textualista. Hubiese escrito si estuviese con más humor que humo. El lunes, en el News Café del Jockey, una dama me preguntó por qué festejaba a los gritos cada página de un libro blanco que leía. «Soy blanco de su ingeniosidad», respondí. El libro blanco era *Otras disquisiciones* (Lápix, Editores. Cuarta edición. Lima, 2012) de Hurtado. Compró libros en *Crisol* para diagnosticar su destino en mi biblioteca y en el café de al lado. La mayoría no llegan a mi casa. Se los regalo a los mozos que leen *Expreso*. Entonces saben que la lectura no es más que una dulce tortura.

Este tercer libro de «Tito» —parece pseudónimo de emerretista— tendrá buen fin desde el principio. Lástima que yo esté divorciado. Cuando casado, mi mujer me forraba mis libros de cabecera —escritos para combatir la jaqueca— con Vinifán. Así pasó con *Hayismo-leninismo* (Bahía Ediciones. Lima, 1987) y *Pago de letras* (El Caballo Rojo. Lima, 1998).

Maestro de obras, Hurtado se compra el corazón de uno y otro. Es «Inolvidable» como el bolero del nacido en Manzanillo (Cuba), don Julio Gutiérrez, y que hizo famoso su tocayo, Tito Rodríguez. Hurtado es autor de culto pese a su cultura. El gran cronista Toño Angulo, imberbe y aun sin mujer catalana, ofrecía un taller de crónicas en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas hace unos años y sin morosidad a partir del *Pago de letras* de Hurtado. En el aula todos se hacían llamar «los hurtadistas», otro hurto al afecto del autor, y está bien.

Hurtado dice en su reciente libro que el título es un robo inepto de uno de Jorge Luis Borges: *Otras inquisiciones*. Y confiesa frente a los reflectores: «Si uno no sabe robar, más vale que se dedique a la honradez». Vamos, ¿y quién es Hurtado? Un limeño de esos, de solera napa y labia. «Nací en Lima en enero de 1951. Resido en Costa Rica desde 1989. Aunque soy unisexual, también soy bigenérico: mis géneros son el bolero y el ensayo. Hace muchos años, crucé por diarios y revistas que, pese a ser impublicables, se publicaban; en descargo, también eran ilegibles. Quizá algún día me arrepienta de lo que hice, mas por el momento sigo en el pecado con la única fuerza que me queda: la de la costumbre», dice. Punto genial.

2.

He conocido a tres Hurtados. En 1972, aquel que nos prestaba su casa hecha jirones del jirón Huancavelica en el barrio de Monserrate. Ahí nos reuníamos con Jorge Pimentel y los poetas del Movimiento Hora Zero. «Tito» nos miraba desde lejos. Era mejor, así evitaba el contagio. La poesía «comprometida» era viral. En 1980 ingresé al diario «Marka», y creo que trabajamos juntos con el segundo «Tito». ¿Creo? En el Perú, el periodismo es todo menos un trabajo de planilla. Mi AFP la pago como masajista espiritual. Hurtado ya era un erecto columnista. Hurtado tenía talla de basquetbolista sin aro y a punto de jugar canasta. «Poeta serás tú», me decía antes de llamarlo «vate» en aquel colectivo de prensa izquierdosa. Qué lujo, con Toño Cisneros, con Juan Acevedo, con el Chema Salcedo. Y en el 2012 lo he vuelto a encontrar convertido en un libro que es una maravilla textual (y sensual).

Así, Hurtado evita la naturaleza del periodismo, convertir los textos en objetos perecibles. «El arte de envolver pescado», Toño Cisneros *dixit*. Evitar la muerte de un suceso sorprendente. Conseguir la eternidad de una noticia, que, a decir de Lavoe, es un periódico de ayer. La temporalidad de Hurtado es la vigencia de los textos que, escritos desde 1996, se leen hoy más frescos que un lenguado frente a los cuchillos de Javier Wong. ¡Cebicherista de las paradojas!

Así, aquella escritura «hurtadista» obligó al maestro Luis Jaime Cisneros a escribir una apología de esta ideología escribal: «He aquí una prosa realmente extraña por lo firmemente acentuada, lo bien erguida, que no debe pasar inadvertida, sobre todo tratándose (como se trata) de prosa periodística. Hay tan poco apego del escritor al periódico, que hemos perdido la antigua costumbre (que fue lujo del modernismo) de que los escritores frecuentaran las salas de redacción».

A hurtadillas, Hurtado lo niega todo, pero ese es su estilo. La escritura de estilo. «Jamás he escrito un cuento ni un poema, y fracasé (con verbo transitivo) una novela. Soy hombre de pocas sílabas... ¿Cómo será creerse escritor? Este es un misterio sin resolver —curiosamente, como todos los misterios—. Tal vez con un poco de esfuerzo yo escribiría más, pero no lo hago porque no tengo tiempo, porque no sé qué decir o porque me gusta más hacer otras cosas», asegura. De esta manera, Hurtado es seleccionado de un equipo donde juegan González Prada, Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui y el periodista César Vallejo. Amén de que «la cultura de la elite y la cultura popular se hermanan, felices, y esos artículos y ensayos adquieren la dignidad literaria». Filósofos, políticos, literatos y cantantes de boleros conforman su coro griego en el ágora de la oralidad silente.

3.

Yo acabo de publicar un libro de boleros y me olvidé de que Hurtado es prosélito y adepto y adicto a los boleros de *Cheo* Feliciano. No olvido los boleros como consignas visceralistas del ser y la nada. Existenciales hemos coincidido otra vez en el trabajo y el gozo de la erecta oreja del bongó cardioenchuchado. Y quiero citar al poeta Arturo Corcuera, afiliado como yo a la musa hecha música en Hurtado: «Soy partidario de esa prosa periodística que no solo busca la comunicación y la concisión, sino también la belleza. Aquella que está nimbada de imágenes, de metáforas relampagueantes, de ironías y de gracia, aderezada de figuras literarias que retornan remozadas con traje nuevo, con otra piel, sin descuidar las ideas ni que ellas nos descuiden a nosotros. Por eso lo leo. Es una fiesta cada página [...]. El poeta César Calvo decía que lo más parecido a cocinar es hacer el amor. Y la escritura de Tito Hurtado tiene mucho de cocina y de amor en el quehacer. Para esta tarea se necesita pasión e inspiración: estoy seguro de que las sumas musas descienden de las estrellas y le susurran al oído, igual que cuando las olas del mar depositan su música en las caracolas. Diríamos que Tito escribe en estado de gracia, tiene ángel. Se resiste a que lo llamemos escritor».

Sé que no todos los periodistas pueden consolidar un estilo en el día a día de los textos. Pero sé que todo es posible en este acto acrobata de juntar palabras y darles un sentido. Por ello, Hurtado tiene seguidores brillantes como Paco Moreno o Toño Angulo, periodistas de raza, que se juegan el pellejo y hacen de su prosa un perfecto vino de tinta, añejo, brillante y pendejo.

* * *

Extractos de un artículo escrito por Renato Cisneros para su columna titulada «Qué sabe nadie». Diario «La República», Lima, 28 de abril del 2013. Renato Cisneros es periodista, poeta y escritor peruano.

Dice que detesta escribir, y, mientras uno lee sus textos, piensa: ¿cómo sería si lo disfrutara? A Víctor Hurtado Oviedo no le gusta llamarse a sí mismo «escritor»: prefiere la denominación «hombre de letras» porque asegura que en ese oficio, en tanto no existe, está a salvo del fracaso. Hace años intentó escribir una novela, pero desistió luego de que la computadora se tragara el borrador dos veces consecutivas. «Al parecer, la máquina disponía de un programa de crítica literaria. Me gustaría prestarle ese programa a varias personas», dice él con esa ironía cínica que, aunque espontánea, parece meditada.

Tiene tanto aprecio por el lenguaje, que ha llevado su escritura al límite de la artesanía. En estricto sentido, él no redacta sus artículos, sino que los arma como un cubo mágico, los confecciona con la laboriosa minuciosidad con que el suicida calcula las dosis de su coctel del adiós. «Los pulo tanto que a veces los borro por completo», responde con descaro, sin tomarse en serio, ocultándose tras una máscara de timidez.

Otras disquisiciones es una suma de brillantes reflexiones sobre literatura y sobre personajes —vivos, muertos e inmortales— que son parte de su biografía y su santoral. En cada una de sus páginas está vivo el dogma que define el estilo de Hurtado y que lo ha llevado a ser un prosista que ha conocido el prestigio antes que el éxito: «Ninguna línea sin figura, ninguna línea sin idea». Esta es su poética, su credo, el principio que explica la calidad de sus observaciones agudas, así como el humor lapidario de sus sentencias: «Temprano aprende uno lo bueno de leer en los ómnibus: que la escritura siempre avanza»; «Yo también me he aburguesado, pero, como soy pobre, no se nota»; «La buena noticia es que la reencarnación existe; la mala noticia es que la reencarnación es esta»; «Prometeo fue el único dios que tuvo nombre de candidato»; «Un día, Laura Esquivel dejó volar su imaginación: nunca volvió»; «Antes de oír a Julio Iglesias, yo creía que la sordera era una desgracia».

La otra mañana estuvimos juntos en una radio y hablamos de su libro; de su pacífica vida en Costa Rica, donde reside desde 1989, y de sus clásicos héroes musicales, desde su tótem número uno: Javier Solís, hasta Dámaso Pérez Prado, pasando por Nelson Pinedo y *Cheo* Feliciano, con quien se tomó una foto que guarda en su teléfono celular. Precisamente, de *Cheo* ha escrito esto que aquí dejo como impecable colofón: «Al gran José *Cheo* Feliciano lo ha perseguido la confusión como una doble sombra bajo una doble Luna. *Cheo* nació negro, crespo y uníparo, pero la homonimia le ha regalado un siamés inverosímil: blanco, lacio, ciego y guitarrista».

* * *

Extracto de un artículo aparecido el 1º de mayo del 2008 en el *blog* «Crónicas desde el Avispero», del historiador peruano Héctor Huerto Vizcarra.

En mayo, España se viste de blanco y rojo

En la semana que viene se vienen tres eventos de significativa importancia, todos ellos centralizados en la región de Castilla y León. El más conocido ya empezó hoy y va a durar hasta el 11 de mayo. Se trata de la 41 FERIA del Libro de Valladolid, donde el Perú es el país invitado. Además de ello, van a rendirle un merecido homenaje a Francisco Umbral, aquel de los bosques en cursiva, como tan bien lo describiera el genial Víctor Hurtado en su libro de ensayos *Pago de letras*.

* * *

Extractos de la intervención de Miguel Albero Suárez en la presentación del libro *Otras disquisiciones* en el Instituto de México de San José (Costa Rica) el 31 de marzo del año 2009. Miguel Albero es diplomático español, novelista e investigador de la historia del libro y la lectura.

La prosa de Víctor es conceptista, clásica. Así como los naturales de Bilbao son tan chulos que nacen donde les da la gana, los conceptistas igual nacen en el Perú de la segunda mitad del siglo pasado. Como buen conceptista, este libro es un vino con cuerpo, y ¡vaya que si lo tiene!: de esos que no acompañan una comida, sino que son la comida. He aquí una prosa con una inusual densidad por sílaba cuadrada, aunque ello no quiera decir que resulte difícil o pesada, sino todo lo contrario: está fabricada con ironía, con cuádruples sentidos; hay incluso juegos de palabras que constan de una sola. Así pues, mi consejo es que lean este libro de forma alterna y espaciada; que no se lean el libro de una vez, y no por que vayan a emborracharse, sino porque se perderían muchos matices.

Este es un libro de ensayos, pero podría serlo de sentencias: las hay de toda suerte y de toda condición. Algunas son aforismos literarios, y cito: «Literatura es el lenguaje que llama la atención sobre sí mismo», «El haiku es una gota de poesía que no cae, redonda y leve», «El lirismo es hablar del mundo mientras se habla de uno mismo». Otros aforismos son filosóficos: «Los filósofos proclaman que cualquier día es bueno para morir, mas las otras personas saben que el mejor día es el siguiente», «Los antiguos eran dados a moralizar por escrito las costumbres del futuro pues parece que la falta de perspectiva histórica les impedía moralizar las suyas».

También podríamos, sin mucho esfuerzo, elaborar con este libro el particular diccionario de Víctor Hurtado, que tendría entradas como estas: «La gula es al apetito lo que el lujo es a la propiedad: la vulgaridad ruidosa», «El lujo es el altar donde se casan la vulgaridad con el dinero». Otras entradas podrían ser políticas: «Urna: alcancía de ilusiones, palomar de pajaritas lanzadas al viento, que siembra votos y cosecha diputados», «La poesía y los políticos se parecen en que son simbólicos: siempre quieren decir otra cosa».

Otras frases son directamente greguerías —no olvidemos que Ramón Gómez de la Serna es otro de los maestros de Víctor—: «El río fallece de muerte natural», y esta otra: «Los corales se aburren como ostras». En fin, hay de todo: perlas y más perlas, y no solo en las ostras. Aquí pueden incluso encontrar la crítica literaria más breve del mundo: «Cierta día, Laura Esquivel dejó volar su imaginación: nunca volvió». Hay otra, que es musical: «Antes de oír a Julio Iglesias, yo creía que la sordera era una desgracia».

Les daré otra razón para acudir a esta fiesta, y es que se conoce gente interesante. La lista de invitados al ágape es impresionante y variada: vivos y muertos, poetas y cantantes de boleros,

narradores y filósofos...: una infinidad de gente por conocer. Me he encontrado con la sorpresa de que aparezco yo mismo por mor de una generosidad exagerada del autor.

Hay otra razón para sumarse a esta fiesta, y es que el libro invita a regresar incluso sin invitación, a degustar este vino tan rico, a frecuentar a los amigos recién adquiridos y a volver a ver a los que ya lo eran de toda la vida; pero no debemos confundirnos: la fiesta y sus euforizantes ingredientes a veces consiguen nublar el juicio pues, en medio de muchas risas y deleites, lo que nos da Víctor es Literatura con mayúscula. No debemos olvidar que aquel que organiza una fiesta, no lo hace para que nos divirtamos; esta es la excusa: siempre hay otro interés. En el caso de Víctor, la fiesta es la coraza detrás de la que el gran tímido que es, se afirma como el gran escritor que también es.

Tengo para mí que la literatura tiene su nicho ecológico en lo breve, en lo condensado. El canon de Víctor está hecho de grandes autores de lo breve: Quevedo, D'Ors, Umbral y Borges. No importa que él se esconda detrás de ellos o del mismísimo Javier Solís, o incluso del profesor Solecismo, porque allí, en su sombra, o escondido en un juego de palabras, está haciendo literatura; no aforismos, greguerías, ensayos o cuentos: literatura a secas.

Gracias, Víctor, por invitarnos a tu fiesta. Sin duda, has conseguido el objetivo, y este no era el que nos divirtiéramos, sino el de abrumarnos. Para eso la gente hace fiestas: para mostrarnos lo que tiene. Al día siguiente nos levantamos con resaca, pues ¡qué le vamos a hacer! Hemos incumplido nuestro propio consejo: la carne es débil, el vino estaba demasiado rico, los camareros no paraban de llenarnos la copa, y nos hemos terminado libro de una tacada.

Entonces, con ese golpe de terca realidad que la resaca procura, nos hemos dado cuenta de la opulencia de tu casa; es decir, de tu literatura; de la excelencia del vino, esto es, de tu prosa; de lo muy selecto de la concurrencia, que es lo que llamamos a tu cultura. Además, nos percatamos de que todo eso no nos pertenece a nosotros, sino a ti. En efecto, lo has conseguido: has conseguido que, cuando nos pongamos a escribir nosotros, el resultado nos parezca irremediabilmente torpe, pobre, desnutrido. Aún así, Víctor, pesar de todo, muchas gracias.

* * *

Artículo escrito por Juan Fernando Cordero Arias, jefe de informaciones del diario «La Nación» de Costa Rica. 11 de septiembre de 1996.

Apretada columna

Por la redacción de este diario se pasea, sembrando asombro a su alrededor, un tipo de colección: Víctor Hurtado, un limeño que, gracias a esos efluvios migratorios latinoamericanos, optó por compartir con nosotros su ingenio desmedido y su alucinante manera de escribir (si no me creen, léanse su artículo sobre Pérez Prado en la última «Revista Dominical»).

Pues traigo a Víctor a colación simplemente para agradecerle el que me haya dado tema para esta columna, con una simple pregunta que me lanzó a bocajarro hace un par de días: «¿Por qué, al hablar de las labores del presidente, los periodistas siempre escribimos que tiene una “apretada agenda”?». Él mismo esbozó un par de respuestas y se marchó muy ufano, dejándome con la duda: ¿será que la aprieta todas las mañanas antes de salir para la oficina?, ¿o es que las apretadas agendas son las que se usan en los bolsillos de un *jeans*?

Su comentario me trajo a la memoria unos cuantos ejemplos más de esas frases cliché a que somos tan dados en este oficio de escribir sobre los demás lo que no nos gustaría que nos pasara a nosotros. De hecho, en «La Nación» existe una tácita prohibición de usar ciertas expresiones o palabras cajoneras como «tensa calma», «en el ojo de la tormenta», «nosocomio» o «siniestro».

Pero ¿es que acaso la calma está tilinte, a punto de romperse, o estresada quizá? ¿No es cierto que en el ojo —al menos de los huracanes— más bien existe una zona de unos 20 o 25 kilómetros de diámetro de plácida tranquilidad? ¿Será que «nosocomio» es el nombre de una enfermedad y no un sinónimo de hospital? ¿O siniestro es inadmisibile porque puede pensarse que el incendio es zurdo o algo semejante? Una duda más, adivinen obra de quién: si «afiche» es sinónimo de «cartel», ¿es correcto decir el «afiche de Medellín»?

* * *

Artículo escrito por Fernando Terreno en el *blog* «La Pulpera». Buenos Aires, 9 de junio del 2014.

Otras disquisiciones

«Salvo el comer, todo es ilusión». «Temprano aprende uno lo bueno de leer en los ómnibus: que la lectura siempre avanza». «Prometeo fue el único dios que tuvo nombre de candidato». «Soy bigenérico: mis géneros son el ensayo y el bolero».

Pongo estas frases tuyas porque el tipo que las dice nos promete, desde el vamos, humor del bueno, lenguaje del mejor y diversión asegurada. Si a eso agregamos que es un periodista obstinado, erudito y riguroso, que trabaja sus textos «como carne pa' chorizo» y que hace un uso exquisito del idioma, nuestras neuronas tienen una fiesta al alcance de la mano: el fulano se llama Víctor Hurtado, el festín es su libro *Otras disquisiciones*.

Es una recopilación de artículos que este peruano publicó en diarios y revistas de Costa Rica, donde vive desde hace más de veinticinco años. Hay de todo, como en botica, agrupado en secciones desopilantes en las que podemos encontrar concisas reseñas de libros, biografías de ídolos musicales, un consultorio sobre temas de lengua, una que se llama «A ciencia incierta»...

Uno de sus mejores logros es que contraría esa despreciable moda periodística (¿argentina?) de estar a favor de todo. Acá no: alaba lo que le gusta y critica con ferocidad lo que no le parece bien. Lo dice claramente: «Escribo sobre lo que me gusta y sobre lo que no me gusta». Basta de cháchara. Les adelanto algunos títulos para que vayan conociendo el menú: «Noche de fonda», «El largo adiós de Dashiell Hammett», «¡Oh, retórico bolero!», «Hacia una neopoética del reggaetón» y «Dulces amazonas».

* * *

Artículo del periodista y escritor Paco Moreno aparecido en el diario «La Primera», de Lima, el 30 de abril de 2013.

Un diletante en Lima

Otras disquisiciones es la versión última de *Pago de letras*: una mejor comida de aquel libro clásico, en cierta medida único libro de Víctor Hurtado, quien no es autor de libros, sino de piezas magistrales en prosa. Lo bueno es que, en *Otras disquisiciones*, el lector encontrará al auténtico Víctor Hurtado, con sus gustos y aborrecimientos de toda la vida.

Nuestro diletante genial nos abre su vida en este libro hermoso. De algún modo es un libro autobiográfico porque habitan en él todos los temas que le interesan: filosofía, ciencias, gramática, literatura y música. Por su sabiduría y sentido del humor, es admirable Víctor Hurtado, tal vez tan extraordinario como nuestro diletante famoso, Abraham Valdelomar. Va por la senda de los grandes.

* * *

Extracto del libro *Vida cantada: Memorias de un olvidadizo* (Editorial La Mula, Lima, 2017), de Arturo Corcuera. El autor fue un poeta peruano y obtuvo el Premio Nacional de Poesía y el Premio de Poesía Casa de las Américas, de Cuba.

Yo soy lector convicto y confeso de Tito Hurtado. Disfruto leyéndolo. Soy partidario de esa prosa periodística que no solo busca la comunicación y la concisión, sino también la belleza. Aquella que está nimbada de imágenes, de metáforas relampagueantes, de ironías y de gracia, aderezada de figuras literarias que retornan remozadas con traje nuevo, con otra piel, sin descuidar las ideas, ni que ellas nos descuiden a nosotros. Por eso lo leo. Es una fiesta cada página. Nada sobra ni hay párrafos desechables.

Uno vuelve a los libros de Tito como quien vuelve a oír una pieza musical que le ha gustado, o a ver una película que lo impresionó, o a sentir un sabor que le ha dejado un gusto cocido en el paladar y que uno quiere volver a disfrutar. Su prosa está hecha de la misma materia prima con la que se hace la poesía. Leamos: «Libro impreso en papel amarillo y tibio, la clase de papel cremoso sobre el cual grullas de plomo dejaron mínimas huellas de letras», «Avaro con el marfil de su sonrisa, el mesero se apropinca con la alegría de un adivino que viajase en el *Titanic*», «El tiempo, que ha pasado, regresa y trae al mesero con un plato que viaja como una chimenea sin barco», «Umbral descorcha la palabra y deja que la frase fluya».

El poeta César Calvo decía que lo más parecido a cocinar es hacer el amor, y la escritura de Tito Hurtado tiene mucho de cocina y de amor en el quehacer. Para esta tarea se necesita pasión e inspiración: estoy seguro de que las sumas musas descienden de las estrellas y le susurran al oído, igual que cuando las olas del mar depositan su música en las caracolas. Diríamos que Tito escribe en estado de gracia, tiene ángel. Se resiste a que lo llamemos escritor. Él se declara periodista. Enaltece la profesión, la corteja como a una novia apetecible, la prefiere. Le otorga la más alta categoría.

Aceptemos que sea así, pero no podemos negar que es uno de los grandes periodistas, de la estirpe de García Márquez, en Colombia; de Umbral, en España, de Abraham Valdelomar, en el Perú. Por coincidencia, los cuatro son también grandes escritores. La lista continúa: Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui, Federico More, César Hildebrandt, Gregorio Martínez, Eduardo González Viaña, solo por mencionar algunos nombres que el tiempo no olvida, y otros que gravitan en nuestros días, hacen historia y honran la profesión, como las buenas plumas de César Lévano y Raúl Wiener.

En el arte de escribir, Tito es inimitable, y el estilo es Tito Hurtado. Solo él puede ser él. Mientras escribe no deja de jugar. Cuando lo leo, me siento en mi salsa, y lo hago a menudo para abastecerme de fuerza y alegría. Podríamos compararlo con Messi, del Barcelona. Él mismo lo declara, como un *crack* entrevistado antes del partido: entra en la página a jugar los 90 minutos.

Deja sentir en su prosa el aire callejero. Habita en su corazón un palomilla de barrio que pugna por salirse, pero que está bajo control. Inserta a su prosa lenguaje popular con una maestría que la embellece y enriquece, sin empañar su refinamiento. Alude con un humor punzante y saludable a su libro anterior: «*Pago de letras* pasó a la segunda vuelta». De este modo convierte la frase de uso cotidiano, el lugar común, dentro de texto y contexto, en una flor: una manera fina y agradecida quizás de rendirle homenaje secreto al bolero y a su ídolo favorito, Javier Solís.

Dicho de otro modo, es una síntesis de lenguaje culto y lenguaje popular, como si dijéramos la fusión de Góngora y el habla de la calle. Toma con finura lo que es del pueblo y lo devuelve a él. Se vale como recurso de un clasificado juego de palabras, de doble sentido, de la burla incisiva de la que él mismo no se salva; se vale del chiste corrosivo, no socorrido, entiéndase bien.

Refiriéndose a sus propias publicaciones, anota: «Vitalísima, esa primera edición aún no se agota». No falta el insistente sarcasmo: «Me retiré del periodismo. Ahora soy corrector de imprenta (vivo de los errores ajenos)», «Hasta cuando escribo sobre Daniel Santos, sigo haciendo editoriales», «Cuando dejé el periodismo, juré decir la verdad», «Como antes, creo que el socialismo, de modo que soy conservador». En suma, Víctor Hurtado deleita y enseña; estimula a escribir bien y a reflexionar mejor, a rociar de poesía las palabras; crea adicción y nos alegra la vida con esa inteligencia solar del humor con que ilumina sus páginas.

* * *

Artículo de Abelardo Oquendo aparecido en el diario «La República», de Lima, el 1º de diciembre del 2004. Abelardo Oquendo fue crítico de literatura y director de la revista literaria «Hueso Húmero».

Una edición reducida y aumentada

La reaparición de *Pago de letras*, una gozable colección de ensayos y artículos de Víctor Hurtado Oviedo, es una buena señal: sigue habiendo lectores estimables entre nosotros. Animados porque agotaron la primera, el autor y sus editores (Caballo Rojo y Editorial Horizonte) han lanzado la segunda edición de este libro, singular entre los nuestros. «Edición reducida y aumentada», se lee allí, y la contradicción es exacta: hay textos suprimidos, pero también otros nuevos.

No falta qué decir sobre su autor, que gusta llamarse «posperiodista»; pero mejor será dar algunas muestras del ingenio y la filosa razón que prolifera en sus páginas. Hurtado abreva en grandes escritores de nuestra lengua, enamorados todos de la palabra, y se les parece, aunque no tanto a ninguno como a sí mismo. Suficiente. Lo que sigue es suyo.

— Su único error fue no entregar el poder a la oposición porque alguien debió encargarse del Perú mientras él lo gobernaba.

— Las elecciones están bien, aunque la democracia perfecta será la que reemplace la votación por el sorteo. Después de votar muchas veces, no creo que con la rifa seamos peor gobernados.

— Pagamos mal a quienes se sacrifican por nosotros: tanto que, mientras nos gobiernan, nuestros presidentes ya se van cobrando.

— Cholo choleador: en este país, revuelto de colores, quienes se creen blancos llevan el racismo hasta el sacrificio personal.

— Emperatriz de Vulgaria, habla en realismo sucio: ¿nos habrán sintonizado el canal de soez?

— Felizmente, las masas nunca se equivocan, excepto en religión, arte y política.

— [Francisco Umbral] Es casi un analfabeto, pero los grandes artistas no están para estudiar, sino para ser estudiados.

— El mundo giraría mejor si todos quisieran enseñar al que no sabe y ayudar al que no puede, en vez de ejecutar el evangelio caníbal de la competencia: «Tomad y comed, que es vuestro prójimo».

— El respeto por la propiedad está mejor distribuido que la propiedad.

— Yo también me he aburguesado, pero, como soy pobre, no se nota.

Sí, a Hurtado le gusta jugar con las palabras, pero es un jugador que sabe bien que, «pasado cierto límite, quien juega con las palabras, pierde»; lo dice él mismo. Hoy, en nuestro periodismo, ese juego es casi un vicio de los titulares, un vicio vacío. En Hurtado siempre tiene sentido, como su humor, que tampoco es gratuito.

* * *

Artículo anónimo aparecido en el blog «El Puñalón» el 8 de enero del 2009.

Don Víctor Hurtado Oviedo

Este *post* debería de tener la foto de don Víctor Hurtado Oviedo (Lima, 1951), pero me ha sido negada por Google, y por su único libro que ha publicado: *Pago de letras* (sin foto de su autor, y puras letras impresas). De su apariencia física apenas me hace referencia el dueño de la Librería Cultura Peruana: era un tío alto, flaco, y que iba siempre en terno añejo y guayabera en el verano. Por las tardes se atornillaba solo y por largas horas en la sanguchería italiana que se apuesta en una esquina de la calle Caylloma, muy cerca del Teatro Municipal, y fumaba, siempre fumaba, recuerda el ceniciento viejo (no sé si será cierto, pero recojo esta versión).

Un día así, un día cualquiera, digo, me tropecé con su *Pago de letras*, un libro que te convierte en su deudor. Luego supe que desde hace muchos años vive en Costa Rica porque el Perú de Alan García/85-90 lo aburrió y lo jodió (eso que le dicen: no tener ni para el micro). Pero nos dejó *Pago de letras*, un libro que se deja querer como muy pocos: historia del Perú, política del Perú, Miguel de Cervantes, Epicuro, Borges, Julio Ramón Ribeyro, Paco Umbral, Valdelomar, Cortázar, Onetti, y muchos otros artículos que escribió en diarios y semanarios que, «pese a ser impublicables, se publicaban» (confesión del mismo autor).

De don Víctor aprendí que hay que leer más y trabajar menos («en el tiempo ocioso que me deja la lectura, trabajo»). Y mi empatía nace desde el momento en que confiesa que es un historiador

frustrado, tan igual como este escriba. Y uno termina queriéndolo por su improbable esperanza —también mía— de que la Historia se acuerde algún día de los anónimos.

Esa generación de buenos articulistas y cronistas creo que nunca volverá. Esta es la desgracia de nuestro país: tener que soportar ahora a bufones que escriben sus bufonerías, como ese tal Carlos Carlín. Pero no ensuciemos la pantalla: don Víctor aún vive y puede hacernos el milagro de volver a escribir en los matutinos limeños.

* * *

Artículo aparecido en el Facebook de Juan Gargurevich Regal el 15 de julio del 2020. El autor es periodista y fue profesor principal del Departamento de Comunicaciones de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Tito Hurtado

Reiniciamos nuestra serie *Periodistas* con Víctor Hurtado, quien es, me parece, nuestro único colega en la Academia de la Lengua criolla. Ha publicado muchos artículos y varios libros y escribe regularmente en el semanario de César Hildebrandt. Su último texto, *Otras disquisiciones*, lo ha puesto generosamente a disposición de quien desee leerlo. Está en otrasdisquisiciones.com

El texto que sigue lo publicamos en nuestro viejo *blog* Cucú Press, agencia inventada, hace ya más de quince años. Y debemos agregar que nuestro académico sigue siendo el mismo irreverente, porfiado, culto y desprendido con su obra que todos debemos leer.

«Leer es desprender palabras del silencio». Tito Hurtado

Flaquito, alto, de anteojos desmesurados y mirada desconfiada, con pedantería de joven que sabe de lo que habla, Tito Hurtado —el nuevo corrector— entró a mi breve oficina para increparme sobre no sé qué accidente gramatical. Pero, en aquel «Extra» expropiado de 1970, tropos y dudas gramaticales eran lo que menos interesaban, así que —me parece recordar— lo largué sin hacerle caso.

«Mal aconsejado por el hambre, en 1970 entré a laborar en un diario de Lima. Eran tiempos arduos, y uno aprendía a escribir como podía (no se podía) con el cierre de la hora sobre el cuello, junto a la rotativa hirviente bajo el estruendo de perioadictos, drogadistas, periodistas borrachos (vasos comunicantes) embebidos en su profesión. Eran surfistas de la cerveza —su líquido elemento— y, como en un poema de Vallejo, querían escribir, pero les salía espuma».

Así describió, muchos años después, Víctor Hurtado, Tito, su iniciación periodística que hoy recuerdo al releer una vez más su libro *Pago de letras*, una recopilación de magníficos artículos y ensayos.

Hace poco, la Editorial Horizonte presentó una segunda edición, «reducida y aumentada» porque ha quitado cosas y puesto otras que no estaban en la primera y que, dice, es vitalísima... «porque aún no se agota». Fue hace unos días, en el Instituto Porras, con ayuda de Marco Martos y César Lévano, y ahí nos juntamos sus amigos que le reprochamos que se haya ido del Perú hace tantos años (no menos de quince, me parece) y que no escriba más seguido y tupido.

Lector, corrector, redactor, bolerólogo insigne, izquierdoso crónico, crítico amable y cruel, siempre se ha ganado la vida con las letras («vivo de los errores ajenos») y ha ayudado a muchos a mejorar sus prosas y gramáticas.

Fue fundador del diario «Marka» y luego estuvo en aventuras editoriales diversas y escribió mucho y de todo hasta decidir marcharse a Costa Rica. («Ahora tengo 47 años —dijo en la primera edición— y la sospecha de haber perdido los días en los diarios. El periodismo es a la literatura como el minuterero es la historia»).

Ha publicado textos de política (*Hayismo-leninismo*) y hasta de técnica periodística, como el que hizo sobre al arte de redactar artículos. Pero yo no voy a contarles de la vida de Tito y prefiero más bien regalarles algunas frases memorables tomadas de sus textos:

Sobre Alfonso Barrantes: «Ante la eventualidad de morir, ha de haberle costado decidirse: a él, que siempre vacilaba entre la incertidumbre y la duda». Sobre Alan García: «Es tan suelto de huesos que hasta hará política con la osteoporosis». Sobre Borges: «A la sombra opulenta de Borges, leer alabanzas para ciertos desprestigiados autores, es como oír loas a Gloria Estefan cuando uno ha sido criado por Oiga Guillot». Sobre Julio Ramón: «Ribeyro sigue siendo una buena costumbre. «Me recordarás porque me has querido» canta aún Javier Solís. A Julio Ramón Ribeyro le toca la memoria enamorada, la verdadera forma de la gloria».

Sobre sí mismo: «Yo también me he aburguesado, pero, como soy pobre, no se nota». Sobre colegas: «Cuando algunos escritores mueren, sus almas suben al cielo de Lima, frío, borroso y gris». Sobre libros viejos: «Se revenden libros porque las bibliotecas —como los árboles— deben podarse para que mejoren». Y sobre el bolero: «Ha sobrevivido a la puntuación cubista de los cancioneros y a los tribunales de la semiótica; y ¿cómo no?: el bolero es eterno: ni Luis Miguel pudo matarlo». Y una frase mía final: «No leer a Víctor “Tito” Hurtado es un grave error».

CucúPress Agency. 2005.



Importante: olvidamos agregar que al dorso de la foto figura la fecha 5.3.83 y la frase «Víctor Hurtado, alias “Dick Crazy”». No se menciona al fotógrafo.

Comentario de Tito Hurtado, publicado en nuestra página de Facebook:

Dilecto don Juan: Te agradezco tus recuerdos. Yo tampoco he olvidado el mes de octubre de 1970, cuando, *motu proprio*, fui a «Expreso» por si me daban trabajo de corrector, pero me respondieron que no había un puesto vacante. Cuando expliqué que yo no cobraría, apareció un puesto justamente para mí. Aún me asombra cómo la magia se armoniza con el periodismo, pero me alegra que tal oferta apareciese.

Me asignaron a corregir la edición de «Extra», que se trabajaba desde las 8 p. m. del día anterior y hasta el cierre, que rondaba las 2 a. m. Entonces tú eras el director de «Extra», y, sí, conversamos algunas veces, pero yo estaba en el planeta de la rotativa y alrededores, no en la redacción.

Con manía algo cuerva, guardo hojas de «Los informes secretos de “Extra”», dedicados a temas políticos, candentes y de palpitante actualidad (así hablamos los chicos de la prensa). Por ejemplo, tengo los informes referidos a Nicaragua que, sin firmarlos, publicó Tomás Borge, quien vivía clandestinamente en Lima: ¡aquellos tiempos heroicos! En fin, habría más que recordar...

Sabes que siempre he apreciado tu sabiduría profesional y tu carácter tan afable. Si el buen humor fuese el elixir de la juventud, serías eterno. Ahora me despido no sin antes despedirme (no sé bien qué signifique esto, pero me va pareciendo una tontera). ¡Salud y hasta algún día!

* * *

Artículo del crítico literario Luis Eduardo García aparecido en su *blog* «Cuaderno del Tribal» el 22 de noviembre del 2012.

La dictadura de la claridad

Es muy hermoso escribir para la posteridad, pero carecer de ella convierte a un escritor en un ser impune, dice Víctor Hurtado Oviedo, uno de los columnistas más brillantes que ha dado el Perú. Víctor Hurtado es uno de esos periodistas que a mí me hubiera gustado ser; o, mejor dicho, uno de esos periodistas que escriben como a mí me hubiera gustado escribir: prosa diáfana, párrafos cargados más de ideas que de frases, y uso mínimo de palabras para un máximo de contenidos. A esto hay que agregar una ironía punzante y un culto sagrado por el lenguaje literario.

Son muy raros los periodistas de este tipo. Por lo general, se trata de personas que no han estudiado el oficio y llegan a este porque lo consideran una extensión de la literatura, a la que rinden tributo bajo la línea de muerte del apuro. «La crónica es literatura bajo presión», ha escrito Juan Villoro, cosa que ya sabía Hurtado desde antes de que la onda del nuevo periodismo se afincara en Latinoamérica.

En los años 80 —los del alanismo torpe y el senderismo ciego—, este periodista se ganaba la vida como corrector de textos y el odio como provocador ideológico. En un intento de conciliar a perro, pericote y gato, creó el «hayismo-leninismo»; es decir, mezcló el pensamiento del joven Víctor Raúl Haya de la Torre de *El antiimperialismo y el Apra* con el del pensamiento totémico del Lenin de *El Estado y la revolución*. Al final, Hurtado terminó en el exilio voluntario, y el hayismo-leninismo, en el invernadero.

De aquella época aciaga del Perú data mi admiración por la prosa Víctor Hurtado. Los intelectuales anómalos de este tipo se cobijan siempre en el diarismo de opinión, donde brillan con luz propia escribiendo columnas y artículos que luego los archivistas e historiadores salvan de la burbuja del olvido. Este autor publicaba regularmente sus trabajos en diarios y revistas que yo leía con pasión. Más tarde, reunió sus trabajos en un volumen: *Pago de letras* (1998 y 2004), que tengo entre mis libros más estimados.

Son los seguidores de la dictadura de la claridad, los hijos extramatrimoniales de la corrección, los salmones que marchan a contracorriente. Como Francisco Umbral («Soy una bestia de carga de la literatura»), como César Hildebrandt («Escribir desde las vísceras humeantes, desde el dolor, desde el pesimismo como una estética de la vida»), como Manuel Vicent, como Héctor Abad

Faciolince, Hurtado es un cultor de la elegancia que hiere y del verbo que disimula muy bien los golpes que lanza. Pero, sobre todo, es un cultor de la lectura y la palabra bien escrita. «El ensueño de mis sueños es un prosa de aluminio», dice en el prólogo. Mucho me temo, ahora que la improvisación y el descuido campean en las salas de redacción, que sus aspiraciones hayan llegado a ser solo un noble anacronismo.

Hurtado se acostó escribiendo en máquinas *Remington* y se levantó pulsando teclados volátiles de computadoras. Es, formalmente, un periodista que ha optado por una vieja costumbre: escribir como los dioses. Es de esos que consideran que su primer gran deber como columnista no es decir la verdad, sino escribir bien para poder decir la verdad. Y la verdad está, según su criterio, en todos lados: en los libros, en el bolero, en la salsa, en la política, en la historia, en la filosofía, en la vida corriente, que tales son los temas recurrentes de los que se ocupa con gran maestría.

¿Por qué son tan brillantes los escritos de periodistas como Víctor Hurtado? Supongo, en primer lugar, que por su ferviente deseo de ser legibles; es decir, por su incorruptible vocación de hacerles más llevadera la vida a los lectores antes que complicársela con la oscuridad hueca y barroca de los que emplean cientos de palabras para lograr cero en contenidos. Y, en segundo lugar, porque lo que dicen lo dicen con la expresividad de lo poético, lo figurado, lo que es y no es al mismo tiempo.

En su reciente libro, *Otras disquisiciones* (2012), reúne artículos, columnas y ensayos publicados desde 1996. Quienes no lo han leído, tienen ahora la oportunidad de encontrarse con este ejemplo de austeridad idiomática, claridad expositiva y profundidad. Se trata sin duda de un tipo de periodismo que ya nadie practica y que para poder existir tiene que mendigar espacios en la prensa moribunda o hacerse un lugar entre la espesura del ciberespacio en *blogs* y diarios electrónicos.

Prosistas como este probablemente no tengan lectores. Y, si los tienen, son todos fervorosos y los tratan como a autores de culto. ¿Quién, díganme, hace ahora un hueco en su apresurada vida para disfrutar de esta prosa alambicada que hurga en la piel de los sueños con el mismo cuidado con que un poeta intenta atrapar las pompas de la belleza mediante una miserable pinza de metal?

* * *

Artículo del crítico literario Freddy Molina Casusol publicado en su «Bitácora de Navegación» el 12 de marzo de 2012.

El periodismo de Víctor Hurtado

Fines de los ochenta, Víctor Hurtado Oviedo animó el debate ideológico en los predios de la izquierda peruana. En esos años, que fueron los del primer gobierno de Alan García, Hurtado escribió numerosos artículos en los que buscaba conciliar al joven Raúl Haya de la Torre de *El antiimperialismo y el Apra* con el Lenin de *El Estado y la revolución*. A toda esa *melange* la llamó «hayismo-leninismo».

¿Pero quién era Víctor Hurtado? Víctor Hurtado era un joven periodista que escribía en la revista «Sí» y colaboraba en «Visión Peruana», las dos dirigidas por César Hildebrandt. Había estudiado historia en la Universidad de San Marcos, especialidad de la que desertó para dedicarse al periodismo.

«Yo nunca estudié periodismo. Soy historiador frustrado, pero no fracasado, lo cual es peor y exige más esfuerzo. [...]. Mal aconsejado por el hambre, en 1970 entré a laborar en un diario de Lima. Eran tiempos arduos, y uno aprendía a escribir como podía (no se podía), con el cierre de la hora

sobre el cuello, junto a la rotativa hirviente y bajo el estruendo de perioadictos, drogadistas, periodistas borrachos (vasos comunicantes) embebidos en su profesión», cuenta.

En enero de 1989, Hurtado dejaría el país y las colaboraciones mal pagadas para trabajar como corrector en Costa Rica. Nadie se explicó esa decisión. Simplemente se retiró del oficio. Uno de los periodistas más brillantes de su generación, había mudado el ajetreo de las sala de redacción de los diarios de Lima por una oficina gris de una imprenta «tica». A finales de los noventa, recordando que alguna vez fue periodista, y animado por algunos amigos, como Lucho Valera, publicó *Pago de letras* (1998, 2004), libro que reflejaría sus nuevas inquietudes: la literatura de la mano con el periodismo. Con eso le dijo adiós al periodismo político.

El estilo de Hurtado, irónico y mordaz —sobre todo en su primer y «subversivo» libro *Hayismo-leninismo* (Bahía Ediciones, 1987)— recordaba el usado por Karl Marx en *Miseria de la filosofía*, cuando hizo picadillo a Pierre-Joseph Proudhon, pensador francés rescatado por el anarquismo. Ya no ha vuelto a surgir un periodista como Víctor Hurtado. Lo que hay son periodistas que disfrazan el debate de ideas con biliosos párrafos cargados de veneno y rencor.

Este conjunto de artículos, reducidos y aumentados —al decir de su autor— para esta nueva edición de *Pago de letras*, son una pequeña muestra de ese talento que, en los años ochenta, Víctor Hurtado desplegaba pródigo en las páginas de periódicos y revistas que los lectores esperaban con avidez. Son una muestra de que el buen periodismo nunca desaparece, simplemente toma su descanso.

* * *

Fragmento de «La fortaleza de la Soledad», *blog* de Gabriel Ruiz Ortega. Lima, 24 de septiembre del 2018.

Un fin de semana en que me recuperé de una gripe fulminante, lo que hice fue releer, a saber, *Pago de letras*, de Víctor Hurtado Oviedo. Esta publicación viene dorándose como un librito de culto, al menos esa es la impresión que tengo. Podría decirse que VH es de los autores que cincelan, no de los que escriben, de los que pertenecen al magisterio de Francisco Umbral: basta esta seña para que aparezca el interesado o todo lo contrario: el desdén inmediato.

* * *

Artículo del escritor y crítico literario Gabriel Ruiz Ortega y publicado en la revista digital «Lee por Gusto» el 17 de junio del 2013.

**El último lector:
Víctor Hurtado no escribe, cincela**

En nuestra sección de crítica de textos recientemente editados, presentamos un comentario sobre el libro *Otras disquisiciones*, del periodista Víctor Hurtado, quien en sus artículos derrocha una prosa ingeniosa y con piruetas que puede volver el tema más anodino en uno digno de recordar.

Empecemos: *Otras disquisiciones* (Lápix Editores, 2012), del reconocido periodista Víctor Hurtado, es una publicación esencial, digamos un libro fascinante, un digno expatriado de la sección Chanchilla que toda biblioteca, así se precie de exquisita y ecléctica, no es libre de tener. Se trata de uno que hay que tener a la mano, pero no cerca, su uso se justifica una vez que se hayan agotado todas nuestras referencias bibliográficas previas. Aquí hay seriedad, pero también mucho relajo. Aquí no hay información, sino estilo del bueno. Hay sabiduría, pero ante todo ironía.

Basta leer un par de líneas para llegar a la certeza de que el autor ha leído y lee, al punto de que podríamos especular que le es imposible ver la vida si no es por medio de la lectura. A esto podríamos añadir una patente sensibilidad de cascarrabias y un jodiente ánimo festivo. Hurtado eleva la fugacidad del texto periodístico a un nivel literario que se agradece. Algo así no veía desde *Mal menor*, de Jaime Bedoya.

La presente selección de artículos y ensayos fueron publicados en diarios y revistas de Costa Rica, donde el autor reside desde hace muchos años. A medida que los leía, pensaba, barajaba la idea, primero a manera de especulación, sobre la continuidad de este tipo de textos en la prensa peruana, principalmente en el periodismo de opinión. Leía, pasaba páginas y en principio dije que sí, a lo mejor, llevado por un incierto entusiasmo; pero luego acepté la realidad, que no. Esta clase de textos no tienen lugar en nuestra prensa, y, si tuvieran un nicho, su publicación sería esporádica, a lo mucho tres en un semestre.

Basta ver nuestra cartera de columnistas, la mayoría de los mismos obligados a usar un lenguaje funcional porque eso es lo que exige en teoría el discurso periodístico. En esta cartera, sumemos también a uno que otro *blogger*, podemos encontrar a no pocos escritores, para quienes su práctica significa un partido de entrenamiento (o en todo caso, una pichanga), o sea, un descanso de las hechuras mayores, de esos proyectos narrativos llamados a cambiar el devenir de nuestra patética actualidad literaria. En apariencia, el periodismo frente a la literatura es, por donde se lo mire, un oficio menor.

Por otra parte, y quien lo niegue es porque es un habitante de Saturno, una columna de opinión es una tribuna de autopromoción, en especial para las plumas de cierto reconocimiento, atadas a la obligación de presentar cualquier libro, sea el mamarracho que sea, cada dos años; estos espacios los ayudan a no desaparecer del todo ante el pueblo letrado. Están ahí sin estar, y eso es lo que les importa. Más de uno anhela sus centímetros cuadrados. Allí está el poder. El periodismo como medio, no como fin.

He leído y leo los artículos de más de un destacado narrador local en diarios, pero pocos, realmente pocos textos, van a quedar. La mayoría de esos artículos mueren a las horas, sufren un letal envejecimiento prematuro. Solo los capos pueden inyectar chispazos literarios en este mentado discurso funcional. Se puede y para hacerlo hay que tener maña, tal y como lo hizo Fernando Ampuero con *Viaje de ida*.

Es por ello que Hurtado sorprende, aunque no debería sorprender. Más de uno aún guarda en la memoria lectora *Pago de letras*, pero esta nueva publicación la supera en todo sentido. Vemos a un Hurtado más universal, por decirlo de algún modo; ambicioso, y debido a esa ambición constatamos su alcance, como también sus falencias, falencias no ligadas al defecto, por cierto.

Si estuviéramos en un partido de fulbito, Hurtado haría diabluras. Su prosa y su mirada ingeniosa, ni hablar de su tendencia natural a la adjetivación, y, si esta es zahiriente, tanto mejor, hacen de él un 10 a la antigua, preocupado en las huachitas y los autopases, siempre atento, pero sin prestar atención, al aplauso de la platea, que sin duda lo aplaude porque, debido a su capacidad para los vericuetos verbales, puede convertir el tópico más anodino en uno para recordar, brindarnos otra mirada de los grandes clásicos de la literatura, de cómo es que se debe leer en estos tiempos de prisas, de lo difícil que es ser uno mismo en el baile de máscaras en que vivimos. Pues bien, en estas páginas también hay un risueño mensaje subliminal que las recorre: leamos y no seamos estúpidos es su consigna, su cruzada personal.

Pero las siete secciones de *OD* pueden llegar a cansar: 391 páginas en total. A todos nos gustan el ingenio, las huachitas, los autopases, o lo que el talento pueda generar, pero en el exhibicionismo se pierde demasiada esencia. Debió haber una selección y no una recopilación. Tanto muestreo estilístico hizo que terminara extenuado y un tanto amargado de la vida. Este libro hay que disfrutarlo como el vino, beberlo de a pocos; no asumirlo como un vaso de chela. Este trago es otra cosa, una experiencia que debemos conocer, pero no en un solo viaje, sino en visitas espaciadas.

* * *

Artículo anónimo aparecido en la revista «Ideele», del Instituto de Defensa Legal. Lima, julio del 2013.

Caballo ilustre

Los ochenta fueron años de conmoción en el Perú: convulsos, desbordados, caóticos, intensos. Nunca como entonces hubo tal cantidad de iniciativas, de esperanzas, de desengaños. Lo bueno y lo malo creció y se multiplicó, y entre esos borbotones creativos apareció, en mayo del ochenta, el mejor suplemento que un diario haya producido en el país. Se trata de «El Caballo Rojo», suplemento dominical del «Diario de Marka», el periódico de la izquierda peruana. El director de *ECR* era Antonio Cisneros, a quien hay que reconocerle no solo sus méritos poéticos, sino también los periodísticos. Fue un producto irrepetible e inimaginable en estos tiempos. (Inimaginable por los temas y las reflexiones, por la densidad, por su forma de sábanas largas.) ¡Qué tiempos aquellos en los que leer no era cosa de una secta!

Año 1982

En ese momento asoma sus narices Víctor Hurtado, un ratón de biblioteca, un estilista, un cultor de la palabra afilada. Para algunos, el periodista más brillante de su generación, que un día decidió dejar todo y mudarse a Costa Rica. Comenzó escribiendo sobre política y desde «El Caballo» lanzó su tesis híbrida del hayismo-leninismo, que dejaba traslucir su admiración por el joven Haya de la Torre. Fue de los que rápidamente se convirtió en uno de los críticos más duros de Sendero Luminoso. Esto queda claro en sus artículos «Fascismo: Sendero es el camino», y su carta «Miseria del terrorismo».

* * *

Extracto del artículo del periodista y escritor Eloy Jáuregui aparecido en el *blog* «Lima Gris» el 13 de febrero del 2016.

**Abraham Valdelomar:
aristócrata, ácrata, acróbata**

Enigmático Valdelomar por profuso, sólo supimos mal de él por su *Caballero Carmelo*, texto para escolares casi como el *Coquito* de la educación, más que inicial, sentimental. Por eso merecen elogio el trabajo de Luis Alberto Sánchez, los estudios de Willy Pinto Gamboa e Ismael Pinto Vargas, y, sobre todo y gracias a todo, apenas una única y gran crónica en el mejor estilo de Valdelomar del poeta oculto (en Costa Rica), Víctor Hurtado Oviedo, aquella intitulada ¡Manos tan bellas!, publicada en el suplemento «El Caballo Rojo» y republicado con fecha 1988 en su libro *Pago de letras*.

* * *

Artículo del periodista Percy Gerardo Prado Salazar aparecido en Internet en la «Revista Cultural Surperuana de Artes y Ciencias Sociales», de Arequipa, el 16 de mayo del 2013.

Víctor Hurtado en Arequipa

Hace poco estuvo en Arequipa don Víctor Hurtado Oviedo (el don no se lo quita nadie pues quien lo hereda no lo hurta). La mejor manera de hablar sobre este galano escritor es citándolo; la justificación sería «ladrón que roba a ladrón...», mas ladrón que roba frases a Hurtado queda en vergüenza pues no podrá ser más ingenioso.

El caso de don Víctor es la excepción a «dime qué lees y te diré que comes». Tal banquete de figuras retóricas debe darse cada vez que lee a Umbral, Quevedo o Valle-Inclán. Uno imagina que los barrocos almuerzan gambas acompañadas de lomos de merluza y, quizá, una ensalada ligera, fácil de digerir; sin embargo, don Víctor Hurtado prefiere el quizá: la buena digestión de las ensaladas. No obstante, gusta de una generosa guarnición de metáforas, anástrofes, paradiástoles y disemias en la mesa de lectura que a veces, para mala suerte de sus seguidores solo a veces, se convierte en mesa de escritura.

«Hay que temer a los hombres de un solo libro», citó don Víctor a su llegada al aeropuerto de Arequipa. «Yo soy hombre de un solo libro... Soy un hombre temible», concluyó. Los que estaban cerca vieron a un tipo desgarrado, flaco, alto, inofensivo, de no ser por su amplia frente que también debe servirle de foco en sus lecturas febriles.

Hace unos meses lo aquejaron dolores en la espina dorsal (no es el único periodista que ha tenido problemas con la columna); por eso camina igual que habla: despacio. No parece a primera vista un hombre temible hasta que se lee sus ensayos; entonces, esta palabra recobra un sentido poco usado: «Se ensaya a los caballos; antes, a los niños se los amenazaba con ensayarlos». Don Víctor Hurtado Oviedo ensaya a sus lectores, cumple su amenaza.

Poco se conoce de su vida; debió de ser un hombre muy veloz en su juventud pues pasó tan rápido por una carrera que no se sabe por cuál. Hace buenos lustros, dejó el Perú para radicar en Costa Rica, deslustrando así un poco el periodismo local y enriqueciendo más el centroamericano.

Publicó un solo libro, *Pago de letras*, al que el año pasado rebautizó como *Otras disquisiciones*. Vino a Arequipa para hablar sobre periodismo y literatura. Sorprendió el buen número de asistentes, que siguieron entre amodorrados y rumorosos la conferencia plagada de citas de Góngora y Quevedo. Aquellos que lo escucharon y que insisten en el ejercicio de la escritura fueron sorprendidos por algo tan inusual entre los escritores contemporáneos: la aguda defensa del buen uso del español.

Ese es don Víctor Hurtado Oviedo, un barroco temible, retórico lector metido a periodista que, como lo repite cada vez que puede, no le gusta escribir, extraña confirmación de lo que dijo Proust de Balzac: «Qué grandes escritores si no escribieran». Don Víctor no puede ser más grande, por esto escribe poco.

* * *

Extracto del artículo del periodista Segundo J. Llanos Horna publicado en «Enfoque», revista dominical del diario «La Industria», de Trujillo (Perú), el 24 de noviembre de 2013.

Libros con olor a tinta fresca

Víctor Hurtado Oviedo —miembro de la Academia Peruana de la Lengua, radicado en Costa Rica desde 1989— es uno de los escritores periodistas peruanos que más brilla en el extranjero. Desde 1996, diferentes medios peruanos e hispanoamericanos publican sus ensayos y artículos que muy pronto fueron reunidos y publicados bajo el título de *Otras disquisiciones* (Lápix Editores, 2012)

El libro es una auténtica joya literaria que confirma al eximio y sentencioso crítico literario que, como ha dicho Jorge Timossi de Gabriel García Márquez, es un rey Midas de la palabra porque, cada vez que la toca, la convierte en oro. En sus artículos y ensayos, conceptualmente densos y formalmente exquisitos, Hurtado otorga estatura singular al humor y la ironía, como se constata en su «biografía no autorizada».

* * *

Artículo anónimo aparecido en el *blog* «Common Digital» el 19 de abril del 2013.

Sobre el libro *Otras disquisiciones*

Víctor Hurtado es un hombre del renacimiento: constante relector de los clásicos, atento a la alta cultura y a la cultura popular (para él esta distinción no parece existir, y le creemos), pero siempre tratando la palabra escrita con espíritu renovador. Un rasgo distintivo es el estilo («la voluntad de estilo», como precisa él mismo), que está guiado por una máxima de su cuño: «Ninguna línea sin figura, ninguna línea sin idea».

El libro contiene más de 200 artículos, agrupados en siete secciones (de sugerentes títulos, como «A ciencia incierta» y «Estante quieto»), y algunos de ellos son verdaderas obras maestras de la concisión. Hay reseñas de libros, obituarios, celebraciones, artículos laudatorios, etc., todos ellos artículos con vocación de ensayo que son tributarios de maestros como Borges y del mejor Paco Umbral, a quien Hurtado rinde homenaje a cada momento. Con ironía, gracia y estilo, *Otras disquisiciones* es un libro-maestro para cualquier estudiante de periodismo que se proponga aprender a hacer periodismo como los grandes escritores. (A. V.)